

## COMO UN NIÑO

Mis fosas nasales se inundan con su respiración. Azufre. Mis pies chocan con sus arrugas, con sus marcas, tan hermosas, testigos del tiempo. Coladas. Siento como si mi corazón latiera al compás del gorgoteo de la lava, que yace en su interior, como su propio corazón. A veces tranquila y discreta. En ocasiones furiosa e irregular. Justo ahora puedo sentir su serenidad, como si se respirara en el ambiente, como si cada crujido de residuo volcánico bajo mis botas me lo susurrara. Sonrío como cuando ves a un viejo mejor amigo, después de años distanciados por vuestras propias vidas. Y la mía no es la única que ha transcurrido, la suya también ha sufrido una metamorfosis, no siendo así la misma que me encontré hace años, alguna que otra tímida mancha verde se abre camino entre el mar de rocas, dispuesta a volver a dotar de vitalidad a este paraje, a hacerle compañía a mi solitario amigo, que nos vigila atento. Porque con la variedad de emociones que posee -puede ser sereno y amable, fogoso y apasionado, o simplemente perezoso, un amante de Morfeo- Con todo lo que ha presenciado, con todo lo que ha creado y...destruido. ¿De verdad que a pesar de esto no podemos decir, que está vivo? Para mí al menos se merece una vida honorífica. Para mí aunque algunos lo llamen “inanimado” siempre estará vivo. Quizás es por el tiempo que llevo amando y dedicándome a él. Por el tiempo que llevo amando esta profesión. Uno los estudia para entenderlos a ellos y proteger a los nuestros. Aunque yo mismo acabo confundiendo términos. No, no se me ha reconocido, como se le reconoce a alguien que salve vidas de cara al público. No soy un bombero, un policía o un médico. Como la mayoría de las labores de investigación trabajamos en las sombras para el bienestar de los ciudadanos. Ya sé que suena a superhéroe. Pero somos algo parecido, aunque nos guiamos más por los movimientos sísmicos que por el instinto arácnido. Pregúntale a un niño que quiere ser de mayor y te dirá que un bombero, un policía, un médico, un astronauta y lo más probable... un superhéroe. No, millones de niños no van a sus padres y le dicen “Yo quiero ser vulcanólogo”. Pero yo casi cincuenta años después de emprender mi camino en la vulcanología, cuando subo a una cumbre como esta todavía me siento como un niño. Y sé que he hecho algo grande, que he ayudado, he evacuado, he salvado, pero sobre todo he amado esta profesión que se ha vuelto tan parte de mí que el hecho de una jubilación se siente como una extirpación de un apéndice, extraño al principio pero al que después de tantos años amo con fervor. He aprendido a crecer como persona al igual que un pequeño volcán va creando poco a poco una isla. ¿Cómo no vamos a amar y a respetar a esas enormes bestias capaces de crear maravillas? Mi pecho se hincha de orgullo e inspiración, como si yo fuera obra del volcán, y él obra mía.